

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 5 de Octubre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 23.

LAS TRAGEDIAS DEL VINO.—UN TABERNERO CELOSO



(VEASE EL RELATO EN LA 3.ª PLANA)

Ayuntamiento de Madrid

UN PERSONAJE DE NOVELA EN LA VIDA REAL

RECUERDOS DE FERMIN SALVOCHEA

Salvochea ha muerto en los brazos de su amantísima madre, rodeado de la simpatía de su pueblo natal y en la mayor pobreza.

La causa de la humanidad tuvo en él un místico a la antigua espa-

místico y un mártir. Nació en Cádiz, de familia bien acomodada; recibió una educación esmerada que completó en Inglaterra. Se entregó con pasión a la causa revolucionaria. Fueron vencidos por el Gobierno

1869, estalla la formidable insurrección federal que dominó el general Prim rápida y sangrientamente. Salvochea es de los sublevados: lucha, cae preso y su prisión en el castillo de Santa Catalina le impide sentar-

sus enfermedades y veló el sueño de los muertos.

¿Cuáles no serían sus tremendos martirios, que hicieron mella en el ánimo estoico del grande hombre? Un día de invierno, abatido, deses-

Pi y Margall, logrando llevarlo amatinadamente por delante del Congreso.

Conservaba arrestos y osadías que parecían imposibles en aquel cuerpo minado por los sufrimientos



Salvochea amarrado en blanca, en el presidio de Ceuta.



Salvochea intenta suicidarse en el correccional de Burgos.

fiéis, inflamado de amor casi divino por su grandeza é intensidad. Con él desaparece la figura más original de la revolución de Septiembre.

La biografía de Fermín Salvochea parece una vida de santo. Lo fué, indudablemente. Era un asceta, un

provisional; levantáronse algunas ciudades andaluzas, entre ellas Cádiz, y entonces Salvochea, el joven elegante, el de voz suave y apacibles maneras, organizó la resistencia y se batió heroicamente, con frío valor. Al año siguiente, el de

se en las Cortes Constituyentes, diputado electo por Cádiz.

Sale de la prisión, y durante el reinado de D. Amadeo predica el comunismo, conspira, se afilia a la Internacional y gasta en socorrer desgracias la hacienda paterna. La República no calma su anhelo revolucionario. Se subleva, forma el cantón gaditano y es de nuevo vencido, preso y enviado al presidio de Ceuta. Pasa en África Salvochea cerca de ocho años. A los presidiarios y a los moros pobres, los consuela, los auxilia y los enseña. En Ceuta fundó una escuela. En las Chafarinas, donde también estuvo, creó una especie de hospital, de donde provenían ciertas raras aficiones médicas del bonísimo don Fermín.

Salvochea era un pésimo orador y un escritor mediano. Difundía familiarmente sus ideas y era terrible, era peligroso, era un enemigo formidable porque poseía dos de las mayores fuerzas persuasivas: la fe y el ejemplo.

Por los años de 1882 a 1892, Salvochea vivía ya ascéticamente. No fumaba, no bebía, comía frugalísimamente sólo vegetales, y no amaba más que a su virtuosísima madre y a la humanidad, ó más bien, y como San Francisco de Asís, a todo ser viviente: a los árboles, a las flores, a los animales. Recogía de la calle los perros abandonados y enfermos y los llevaba a su casa, donde los alimentaba y curaba.

Cuando estalló la conjuración de la Mano Negra, Salvochea fué preso sin que tuviera nada que ver con aquella Asociación. Volvió a estarlo por los sangrientos sucesos de Jerez, y fué procesado por la explosión de unos petardos en Cádiz.

Después estuvo seis años en presidio, en donde por su conducta fué lo que en la sociedad: un carácter, un hombre incapaz de doblegarse y un apóstol del bien. Ejerció con sus compañeros obras de misericordia; los consoló, los enseñó, partió con ellos el pan y el abrigo, les curó en

perado, cansado de padecer, Salvochea quiso morir como Séneca. Con un cristal se abrió una vena y dejó correr la sangre, esperando, tranquilo, el consuelo de morir. El frío intensísimo en el calabozo subterráneo que ocupaba, en el presidio de Burgos, heló su sangre, de tal modo impidió la hemorragia y frustró el suicidio. La frialdad de alma de los hombres lo engendró y el frío, más clemente, de la Naturaleza lo impidió...

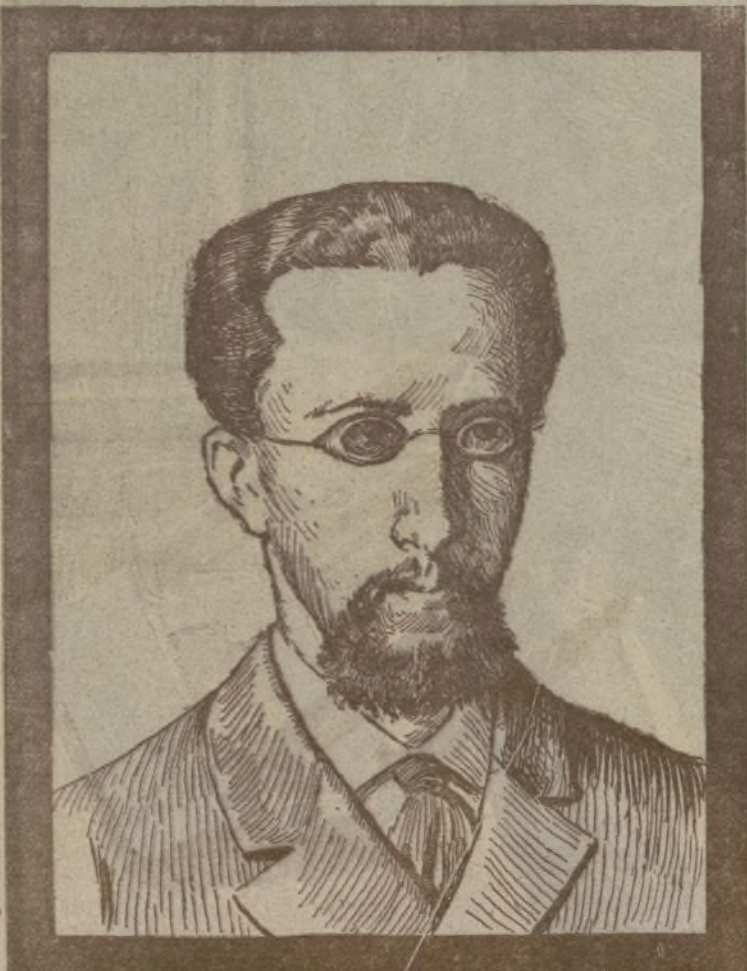
Salvochea salió de presidio en 1898. Cádiz lo recibió triunfalmente; permaneció unos meses al lado de su madre y se vino a Madrid, donde pasó varios años.

El fué quien hizo subir calle de Alcalá arriba el féretro de su amigo

y conservado por la frugalidad y la higiene. Se bañaba diariamente, paseaba y hacía gimnasia, y después de la anarquía era la higiene objeto de su constante propaganda.

Otra enfermedad de su anciana madre, que le ha sobrevivido, le llevó hace tres ó cuatro años a Cádiz.

Su aspecto era frío. Enjuto, con gafas resguardados sus ojos delicados, barbita rubia canosa, modales finos. Tan pronto parecía un iluminado, como un chico. Mezclaba á utopías de soñador, candideces infantiles. No juraba, ni blasfemaba nunca; no atacaba á nadie personalmente; no difamaba, ni guardaba odio para sus enemigos. Fué un verdadero personaje de novela en la vida real.



Fermín Salvochea en 1868.

Ruiz Guerrero.

El insigne pintor granadino ha muerto muy joven, cuando daba



manifestas señales de su pujanza y su valer.

El año pasado celebraba una bri-

llante exposición de cuadros, en donde ya se reveló maestro insigne al trasladar al lienzo aquellas caritas de vírgenes de Andalucía, aquellos atezados y gitanos mozos de Málaga y Sevilla.

Ruiz Guerrero fué consagrado entonces por la crítica y los artistas como maestro colorista y pintor de gran espíritu.

Pero Ruiz Guerrero, á quien las amarguras acompañaron siempre hasta su último aliento, murió luchando como clásico gladiador del Circo romano.

Ultimamente se dedicaba á hacer retratos de políticos para las colecciones de los Ministerios; el postero le fué encargado de Real orden por un Ministro del partido liberal; y hace poco tiempo, al ir á entregar su honrado y artístico trabajo, se encontró con que se le rechazaba su obra, por no existir capítulo de crédito para abonar al artista la cantidad estipulada.

Ruiz Guerrero ha muerto pobre, tan pobre, que el Círculo de Bellas Artes hubo de intervenir, al objeto de que los restos del insigne pintor granadino no fueran recogidos por el furgón de la caridad pública.

NUESTRA PRIMERA PLANA

Unos cándidos amores, nacidos sin pizca de interés ni de reflexión en la edad infantil, tuvieron sangriento é inesperado desenlace, no ha muchos días, en una taberna de Castillejo.

¿Cómo la simple amistad de Pura y Antonio, entre los que no existió más que un inocente afecto de colegiales, pudo ser motivo de este pavoroso drama pasional?

Los dos, siendo niños, jugaron juntos; y agarraditos de la mano habían realizado las mayores travesuras y picardías de chicuelos revoltosos. No hubo más; y si entre ambos se cruzó la palabra sacramental, el sí consagrador del noviazgo, fué con la misma inconsciencia con que muchos jovencuelos «piden relaciones», «son correspondidos» ó «reciben calabazas».

Pero llegó la edad proveya, y cada uno siguió una ruta distinta.

Ni Pura se volvió á acordar de Antonio, ni Antonio, obligado á recorrer tierras, cuando fué á prestar servicio militar, tuvo para su antigua amiguita el más leve recuerdo.

En este intervalo de varios años Pura había contraído matrimonio con un muchacho honradote y laborioso, llamado Ezequiel Fernández, el cual, desde modesto *medidor*, hubo de ir ascendiendo, á fuerza de ahorros y privaciones, hasta convertirse en dueño único de la taberna en que servía.

Cuando Antonio entró en el establecimiento de vinos de Ezequiel, acompañado de su fiel amigo Justo Vergara, ya habían recorrido otros sitios análogos. No era, por tanto, de extrañar la impetuosidad de su palabra y lo brusco de sus modales.

Aquí comienza lo dramático de esta historia sencilla. Antonio repara en su amiguita Pura; no advierte que los tiempos y las circunstancias habían cambiado completamente; le dirige píropos, celebrando su belleza y su *palmito*, y entre sor-

bo y sorbo del vino que le iba escanciando pacientemente el bueno de Ezequiel, llega á herir con sus obscenas frases las fibras más delicadas de la virtuosa Pura.

Lo ocurrido entonces, por su misma violencia y rapidez, es casi de imposible descripción. Ezequiel, ciego de ira, que había ido acumulando en su pecho con estoicismo admirable, no pudo contenerse más. Abrió una gaveta en donde guardaba un revólver; esgrimió éste con decisión y descerrajó cinco tiros consecutivos, que fueron á incrustarse en la frente del desventurado provocador, que, sólo arrebatado por el vino, pudo llegar á poner en tela de juicio el honor de Pura en presencia de su mismo esposo.

Ezequiel García ha sido detenido inmediatamente. Confiesa su delito y es el primero en deplorar lo ocurrido. La bondad de su carácter y la generosidad de su corazón inspiran doble lástima. Es una víctima más, inmolada en el profano altar de los celos.

DE LO VIVO A LO PINTADO



—Date prisa, porque los señores no tardarán en volver del cine...

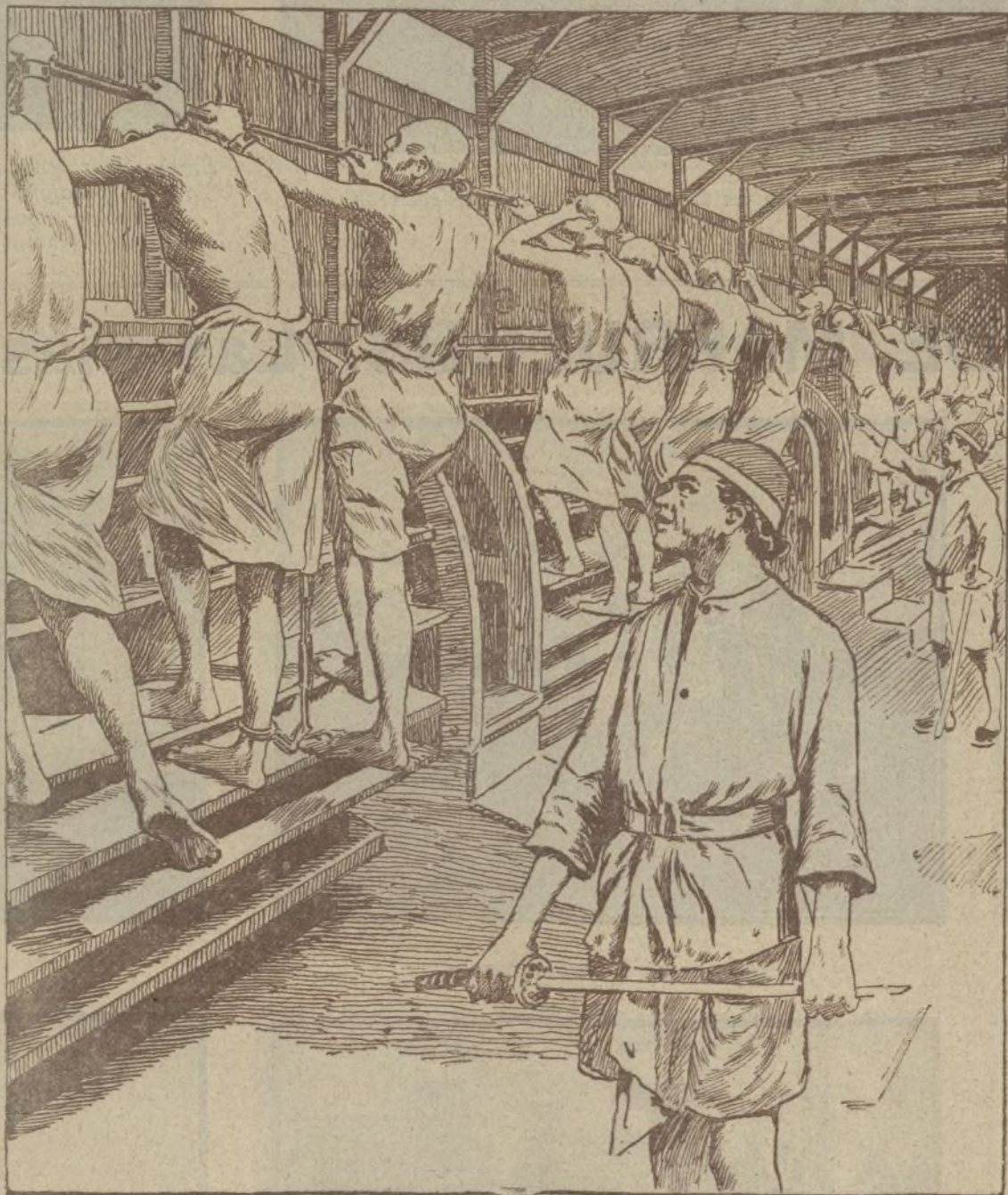


..... en donde están viendo una de las películas de moda.

(Del *Ulla*.)

LA INQUISICION MODERNA

Los trabajos forzados en la prisión inglesa de Rangoun (Indo-China).



La crueldad, aunque revista caracteres legales, inspira horror. Encontraría algo de excusa si fuese aplicada á una producción útil para la colectividad; pero cuando se trata de seres humanos sometidos al sufrimiento de un trabajo inútil, baldío, estéril, es forzoso compadecerles y reclamar en favor de ellos por impulsos de humanidad.

Encerrados en la prisión de Rangoun (Indo-China), los sentenciados indios son condenados por la legislación inglesa al *trabajo forzado*, en condiciones tan penosas y duras que lo hacen realmente insoportable.

Los infelices reos son atados por cadenas fuertísimas á una rueda inmensa, semejante á la piedra de un molino, á la que deben hacer girar horas y horas, valiéndose de los pies, automática, inconsciente é involuntariamente.

Imposible les es el detenerse en esa vertiginosa carrera de la *rueda disciplinaria*, eufemismo con que se encubre y dulcifica la enormidad de ese infame suplicio.

El hombre que, fatigado, rendido, anonadado por el incesante girar del instrumento de tortura, quisiese dejar de mover los pies, sería azotado brutalmente por sus guardianes en primer término y, además, las ruedas, que no cesarían de dar vueltas sobre sus ejes, magullarían y herirían dolorosamente todas las partes de su cuerpo.

Tormento horrible, cuando se piensa en que ocho horas continuadas de ese ejercicio, tan espantoso como inútil, representan una ascensión, en sentido vertical, de ocho mil metros!

Una matarife que se degüella.

Eusebia Porté, de cuarenta y cinco años, viuda desde hace uno escasamente, estaba empleada en los Mataderos de La Villette y habitaba en una guardilla de la calle de Flandes, núm. 32, en Pantín.

Su ocupación en el matadero de referencia consistía en trasquilar los carneros destinados al sacrificio y en cortarles las patas una vez muertos.

Como auxiliares de su trabajo tenía un enorme par de tijeras y un gran cuchillo de matarife.

Desde que murió su marido, Eusebia—según sus vecinos—tenía ideas negras, que ahogaba entre los vapores del alcohol. Varias veces, en los delirios de la bebida, había manifestado propósitos de atentar contra su existencia.

Así ha ocurrido, efectivamente. Después de no salir de su casa por espacio de cuatro días, fué descubierto su cadáver en la mezquina habitación que ocupaba.

Yacía sobre el lecho, completamente anegado en sangre; tenía el cuello casi separado del tronco, por efecto de una sola y tremenda cuchillada, que le había seccionado la yugular.

El cuchillo de cortar las patas á los carneros, que había sido el instrumento de muerte, estaba al lado de la garganta de la interfecta, y junto á su mano derecha las tijeras del trasquileo.

Al principio surgió la duda de si se trataría de un asesinato ó de un suicidio; pero luego se ha visto que la única hipótesis admisible era la segunda. En efecto, la habitación en que fué encontrado el cadáver tenía dos salidas: la puerta, que daba al corredor, y la ventana, que caía al patio.

Pero la puerta estaba cerrada por dentro y con la llave en la cerradura, y la ventana estaba también cerrada. El asesino—caso de tratarse de un crimen—no había podido huir por los tejados, como se supone que lo hizo el matador de Vicenta Verdier, después de degollar á su víctima.

Todo hace suponer, por lo tanto, que el suicidio de la matarife de Pantín es un caso de alcoholismo agudo y de autosugestión, dado el oficio que ejercía la interfecta, en cuyo cuerpo no se observó tampoco señal alguna de violencia.

LA DEGOLLADA



El lugar del suceso.—La cruz indica la ventana de la habitación donde fué encontrado el cadáver.

CATÁSTROFE EN MÁLAGA



Una familia á quien obligó la inundación á subirse á un tejado de la calle de La Ciega, en el que permanecieron más de cuarenta y ocho horas sin ningún género de socorros.

EL PRINCE "FUL"



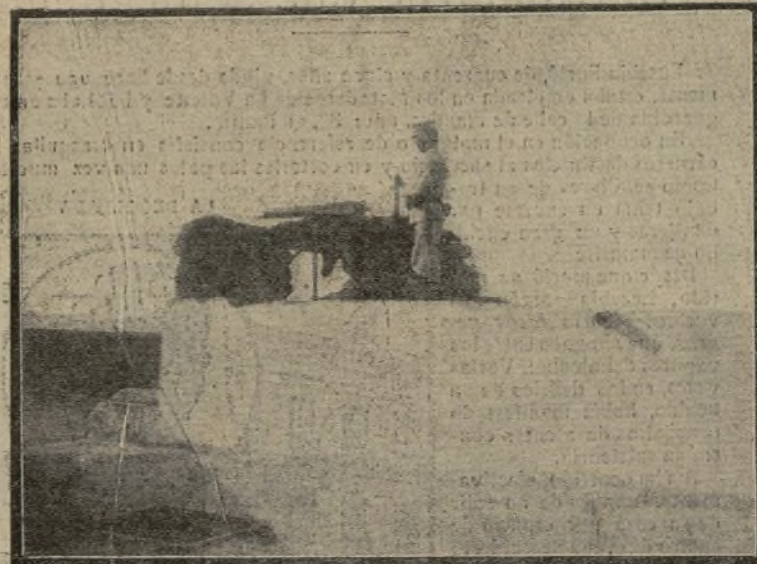
Emilio Sanz Pedro Bienes, príncipe de Battenberg, aventurero prodigioso, apócrifo héroe de Ejército, estafador distinguido y huésped en la calidad de la Cárcel Modelo. (Véase el relato de detención en la plana 6.^a)

TORMENTAS É INUNDACIONES

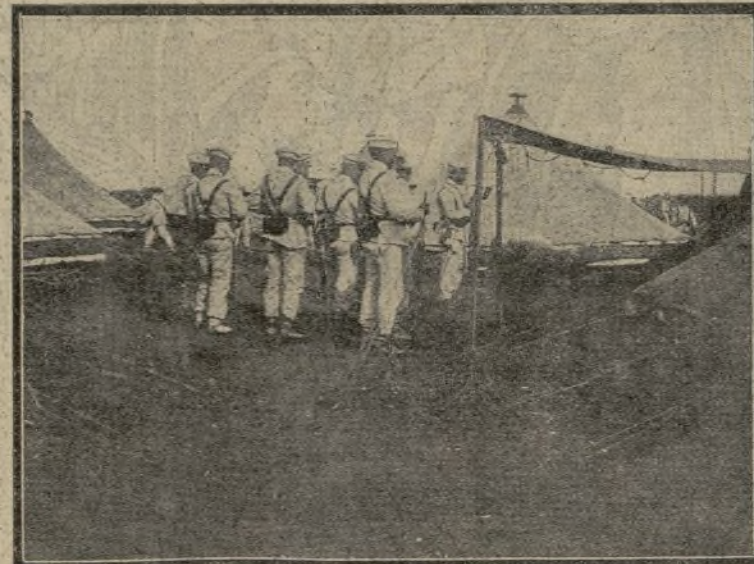


Extracción de un cadáver en la calle del Cañaveral, una de las calles de Málaga más castigadas por la inundación. Fotografías de García Triarte, enviadas á LA SEMANA ILUSTRADA.

EL CONFLICTO DE MARRUECOS.—Las más recientes fotografías de Casablanca, por Guillermo Rittwagen.



Un centinela español.



Nuestras tropas en el campamento.



Ruinas de Casablanca.



El comandante Santa Olalla.



Moros tiradores del Riff, en el campamento.



Un pelotón de «goumiers».



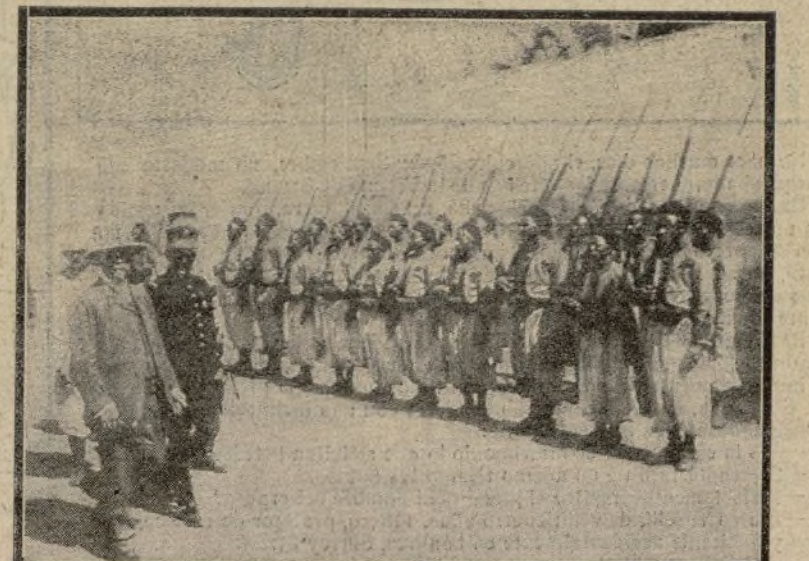
Soldados franceses heridos en el último combate.



El aeróstato francés.



Entrada de Renault en Casablanca.



Renault revisando las tropas.

POLITICA MENUDA, por Tovar.



Maura en Fortuna, acariciado por la *idem*, y viceversa.



Para reorganizar la policía, no ha dejado títere con cabeza este hombre.



A uno se le ha subido el vino á la cabeza, y al otro se le hinchan las narices.



Dato ha batido el *record* de los viajes, yéndose á San Petersburgo nada menos.



«Yo quisiera ser del moro, y del moro haber nacido.»

La princesa y el pianista.

Matrimonio sorprendente é inesperado en Londres.



No hace muchos días, el miércoles 25 de Septiembre, un modesto *cab* franqueaba la puerta de las oficinas de la Vicaría de Strand.

Una pareja descendió del coche: ella, graciosa, ligera, sonriente, vestida con un traje de hechura sastre, color marrón, adornaba su cabeza con un gran sombrero de color púrpura, guarnecido de soberbias plumas.

El, un buen mozo, de ojos negros y brillantes, bigote incipiente y melenas de modernista, la miraba tiernamente; su aspecto era el de un estudiante acomodado.

Rápidamente entraron en una de las dependencias de la oficina, donde fueron recibidos por algunos íntimos que acudieron al acto.

Inmediatamente después marcharon todos juntos á la presencia del juez Mr. Goldspink, que se levantó saludándoles con una inclinación de cabeza, y dirigiéndose á los asistentes, dijo:

—¿Es la celebración de matrimonio lo que solicitan ustedes?

—Sí—contestaron á un mismo tiempo los novios.

—Perfectamente—replicó el juez—. ¿El nombre del esposo?

—Enrico Toselli, de veinticuatro años, soltero, profesor de música, italiano y habitante accidentalmente en Londres, Surrey Street.

La contrayente dijo así:

—Me llamo María Antonietta Luisa, condesa de Montignoso, ex archiduquesa de Austria. Tengo treinta y siete años y me encuentro divorciada

de Federico Augusto, príncipe de Sajonia, hoy rey de dicho Estado, y habito en el hotel Norfolk.

Se procedió á extender el acta matrimonial, firmaron los testigos, entre los que figuraba el famosísimo novelista inglés Mr. Le Queux, y después el grupo de los asistentes dirigióse á un *restaurant* á tomar alientos y á celebrar, con la modestia de cualquier familia cursi, la boda de la descendiente de emperadores cuya existencia se deslizó en palacios y que, á no ser por su divorcio, ostentaría en la actualidad el título de reina de Sajonia.

EL PRÍNCIPE "FUL,"

Por la fecha en que contrajeron matrimonio Don Alfonso y Doña Victoria, llegó á Valencia un aristócrata «ful», que se hizo pasar nada menos que por el príncipe de Battenberg.

Fué agasajado el ilustre viajero espléndidamente, en consonancia con su elevada alcurnia, hasta que surgieron dudas acerca de la autenticidad del título, á causa de que el augusto huésped, necesitado de dinero, recurrió á varias operaciones no muy claras.

Funcionó el telégrafo, y averiguóse que se trataba de un astuto estafador. Le llevaron á la cárcel, y hace poco se vió el proceso que contra él se seguía. Resultó absuelto.

El domingo último ha resurgido la figura del falso príncipe, que fué nueva y aparatadamente detenido.

Desde que había llegado á Madrid, de regreso de varios viajes fantásticos, se hacía presentar en todas partes como capitán de Ejército. Con tal carácter había intentado y consumado curiosas estafas.

Ultimamente, para poder exhibirse como militar en debida forma, se encargó un uniforme en cierta acreditada sastrería de esta corte. Descubierta la farsa en el momento de recibir terminado el flamante uniforme de capitán, el intrépido estafador ha caído de nuevo en manos de la justicia.

Ahora esperamos que ya no le quedarán ganas de repetir la arriesgada, aunque cómoda suerte de las suplantaciones, en las esferas civil y militar. Sólo le resta hacer un ensayo en lo eclesiástico.

Las aventuras de una médica.



Existe en una biblioteca de Constantinopla un documento curiosísimo, que conoce muy poca gente. Es el manuscrito de las *Memorias* de una de las primeras damas que se dedicaron á la medicina: la señora Halpir, polaca de nacimiento, que en la segunda mitad del siglo XVIII ejerció su arte en Constantinopla, y más tarde en Rusia y en América. En aquella época, esto parecía casi maravilloso.

La señora Halpir tuvo una vida comparable á la de una heroína de novela. Al verla operar infinitas curas y que su reputación aumentaba de día en día, un rival suyo, el doctor Jonseca, envenenó, sin el menor reparo, á uno de los enfermos que ella asistía. La señora Halpir consagró toda su energía y su actividad al descubrimiento del delito, é hizo condenar á Jonseca.

Hallándose una vez en Sofía, fué llamada con toda urgencia al lado de un enfermo que parecía hallarse *in extremis*. La Halpir reconoció en él á su esposo, por quien había sido cruelmente abandonada. Lo salvó.

Habiendo curado de otra gravísima enfermedad al príncipe José Rakoczy, pretendiente al trono de Hungría, éste se enamoró de ella; y, como fuese rechazado, uno de los magnates de su séquito, para vengarle de la repulsa, la denunció á los turcos como espía y la doctora fué detenida, juzgada y condenada á la última pena. Una admirable curación que llevó á cabo dos días antes del en que había de ejecutarse la sentencia, la devolvió la vida y la libertad.

El resto de su existencia fué agitado. Así como la señora Halpir era objeto de apasionadas ansias para muchos de sus clientes, enamorados de su belleza, de su cultura y de su talento, tampoco se mostraba menos indiferente ella hacia sus enfermos enamorados.

Como va dicho, la señora Halpir peregrinó por Rusia y América, conquistando fama creciente, y á fines del siglo XVIII era «médico» del *harem* del sultán Mustafá, en Constantinopla.

Las cenizas del muerto.



La viuda.—¿De modo que pesa un kilo mi pobre Marcos? ¡Y en vida pesaba ochenta y dos!

(Del *Ulk*.)

LUCHA FRATRICIDA.-ABEL MATA Á CAÍN

Un temible «apache» ha sido muerto hace pocos días en Aubervilliers en circunstancias terriblemente trágicas. Un hermano suyo ha sido el encargado de realizar la tremenda ejecución.

La viuda Enriqueta Auger, de sesenta y tres años, vivía en la calle del Puerto, de Aubervilliers, en com-



El lugar del suceso.

pañía de una hija suya casada, el marido de ésta, tres niños de corta edad, hijos del referido matrimonio, y sus dos hijos Adolfo Auger, de veintiocho años, y Félix Tillette, de

un huésped llamado Fischer.

Félix era un excelente muchacho, de carácter tranquilo y dulce, muy buen trabajador y amantísimo de su madre, á quien entregaba puntualmente sus jornales. Adolfo era el reverso de la medalla: un bandido de la peor especie, vago de profesión, muy conocido entre los «apaches» del barrio de Montmartre. Había sufrido doce condenas por robo y lesiones, y suponíasele complicado en algunos crímenes de importancia, aunque esto no se le pudo demostrar. De todas maneras, la policía le vigilaba incesantemente, y le habían ya amenazado con mandarle á la Nueva Caledonia, como reincidiese de nuevo.

Vivía maritalmente, desde hacía siete años, con una mujer de alguna más edad que él, la cual había intentado lo imposible por hacerle ir por el buen camino. Todo fué inútil. El «apache» exigía que le entregasen todas las mañanas dos francos, so pretexto de necesitar esa suma para ir á buscar trabajo. Pero lo que hacía era gastarla en embo-

familia, y más particularmente á su madre y á su hermanastro. La pobre gente vivía atemorizada, y era preciso esconder los cuchillos y el petróleo, porque Adolfo amenazaba á todos con degollarlos ó con prender cualquier noche fuego á la casa, cuando estuviesen descansando.

Cada vez que provocaba una de esas reyertas, despedía á su amante, diciéndole: —Tú vete para arriba, si no quieres que te corte el pescuezo. De los demás yo me encargo...

El día de autos volvió á su casa ebrio, como de costumbre, en ocasión de hallarse toda la familia á la mesa. Félix acababa de enseñar al huésped un revólver que había comprado horas antes; y al aparecer su hermano, tuvo que ocultar el arma para que no la viese.

Adolfo se había sentado, sin saludar siquiera. De repente se desató en injurias contra todos, y especialmente contra su madre, porque uno de los dientes del tenedor estaba torcido, y rompió el utensilio clavándolo violentamente sobre la mesa.

Quiso la madre replicarle; pero el monstruo no le dió tiempo, pues se lanzó sobre ella y la abofeteó brutalmente en las dos mejillas.

Todos se pusieron en pie, horrorizados. El huésped Fischer, que trató de interponerse entre la ma-

dido boca abajo, al lado del dinte de la puerta.

El matador se presentó espontáneamente en la Comisaría de vigilancia de Aubervilliers, en donde relató lo ocurrido.

Al tener noticia de la muerte trá-



La viuda Auger, su yerno y el huésped de la casa, testigos presenciales de la tragedia.

dre y el hijo, fué lanzado contra la pared de un formidable empujón.

A su vez intervino Félix:

—No pegues á nuestra pobre madre—exclamó—. Si quieres matar á alguien, pónete frente á frente conmigo.

Una patada en el estómago fué la respuesta de Adolfo Auger, quien, al ver que su hermano había caído á tierra, junto á la estufa, sacó un tremendo cuchillo y se dispuso á abalanzarse sobre él.

Pero Félix se había levantado del suelo y había disparado furiosamente contra el «apache», sin hacer blanco. El proyectil fué á incrustarse en la pared.

—¡Ah ladrón! ¿Esto es un duelo á muerte?—exclamó Adolfo—. Pues bien: ¡yo te reventaré!...

Se precipitó sobre Félix, blandiendo el cuchillo; pero Tillette continuó disparando, y de dos balazos en pleno corazón hizo caer á su adversario, cuyo cadáver quedó ten-

gica de Adolfo Auger, varios «apaches» de la comarca hicieron una colecta para encargarse del entierro de aquél, tan pronto como se le practicara en la Morgue la autopsia.



El muerto.



El drama.

veintiuno (éste habido en sus relaciones ilegítimas con un sujeto, á quien conoció poco después de quedarse viuda), la amante de Adolfo y

rracharse con otros sujetos de su calaña.

Al volver á casa, insultaba soezmente á todos los individuos de su

—Tú serás causante de que yo vaya á presidio—dijo á la pobre anciana—; pero antes de abandonaros, os he de dejar un buen recuerdo...

CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.



Al Claustro Universitario habla Rodríguez San Pedro, y todos están dormidos como en el claustro materno.



Un morrión y un gorro frigio manda Sevilla á don Segis; ¿e servirán para aquello que le han servido otras veces.



Dos hojas tiene la puerta, puertecita de mi tasca; y los domingos las cierro con otra hojita... de parra.



Se ha levantado la veda y los conejos tiritan, porque va á empezar para ellos la penetración pacífica.



Los moros de Casablanca se aburren terriblemente, desde que ya no les tiran cañonazos los franceses.



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid